

HIJOS DE DIOS

“Ningún individuo puede fracasar definitivamente. La Divinidad, que desciende a la humanidad está resuelta a recuperar su estado original.”

N. Sri Ram. (*Pensamientos para Aspirantes.*)

Lo entendamos o no, lo aceptemos o no, parece que esta es la única Realidad: todos somos Hijos de Dios y a Él revertimos, puesto que jamás nos hemos separado de Él en esencia.

El peor instrumento del mal, individualizado, tiene que regenerarse y adherirse de nuevo a lo que aparentemente perdió: su inocencia, su inocuidad.

Por eso no podemos prejuzgar a nadie por sus ‘pecados,’ por mucho que sus actos nos rocen o perjudiquen. La cualidad de la tolerancia no es suficiente para entenderlo. Es necesaria la comprensión, que es mucho más poderosa. La palabra en inglés ‘simpathy’ (simpatía) se traduce normalmente así, cuando su sentido la mayoría de las veces tiene otro significado y es el de “comprensión”. Puede sentirse simpatía por algo o por alguien pero eso, a veces, sólo roza nuestra superficialidad. Para que la cosa cale

hondo hace falta comprensión. La simpatía es efímera, fugaz, a veces inoperante. La comprensión hace mella en nuestro ser y nos inclina al Amor.

Por eso resulta absurdo pensar que exista un Dios omnipotente que premie o castigue a sus propias criaturas. ¿Cómo puede un Dios Todopoderoso, el Amor personificado, premiar a unos y condenar a otros?

Semejante Dios es inimaginable según nuestras propias enseñanzas teosóficas. Imaginemos por un momento que, como padres, tenemos dos hijos. Que uno de ellos es un dechado de virtudes y que el otro es un desaprensivo, prepotente y díscolo. El primero vive su vida apaciblemente, angelicalmente. El segundo lleva la suya hasta un paroxismo atroz de desdichas y errores sin fin provocados por él mismo.

Suponiendo que llegáramos a la diestra de Dios Padre en el día del Juicio Final, ¿es que podríamos descansar

tranquilos, allí donde fuere, con sólo a uno de nuestros hijos, el angelical, por decirlo así, a nuestro lado, sabiendo que el otro está ardiendo en un infierno especialmente preparado para los que son como él? Como humanos, como padres, ¿podríamos soportarlo? ¿Dónde estaría nuestro cielo, nuestra bienaventuranza eterna?

Por eso es tan confortador, aparte de lógico y razonable, el proceso teosófico de la reencarnación acompañado del karma. Las escrituras antiguas contienen en sí estas enseñanzas, aunque de muchas de ellas se tergiverse su interpretación: “Ojo por ojo y diente por diente”. Este es un axioma que luce mucho para excusar barbaridades sin fin. Este ‘ojo por ojo y diente por diente’ no es más que una aclaración a la Ley del Karma. O, como dice la sabiduría popular: “Tal faràs, tal trobaràs”, tal cual actúes así recibirás, (más o menos.)

¡Cuán fácil nos resulta interpretar las cosas a nuestra propia manera! Según pensamos, así actuamos. J. Krishnamurti tiene como título de uno de sus libros esta frase: “Sólo el recto pensar conduce a la Paz.”

Volviendo al pensamiento de Sri Ram en la cabecera de esta nota, leemos que: “...La Divinidad, que desciende a la humanidad está resuelta a recuperar su estado original.” Ante esto, ¿debemos preocuparnos por la existencia de un cielo ficticio o de un infierno, ambos eternos, en toda su plenitud? Evidentemente, no.

Somos lo que somos y Aquello que somos tiene que alcanzar la Suma Plenitud de una condición inimaginable para nuestras pobres mentes en evolución.

C.B.

DESDE LA ATALAYA

Radha Burnier

¿Sabiduría viva o tradición muerta?

Se dice que la tradición es el conjunto de la sabiduría, creencias y principios transmitidos a la posteridad, de forma oral o con la práctica. Puede ser que contenga todo el conocimiento acumulado adquirido por experiencia o por sabiduría transmitido por personas muy evolucionadas. Sin embargo, puesto que

normalmente la mayoría de la gente interpreta todo cuanto oye, incluso lo que dice el vecino de al lado, según su propia conveniencia, la esencia de lo más valioso que hay en el conocimiento y la sabiduría de la tradición tiende a empeorar continuamente y a deteriorarse hasta el punto de convertirse en superstición. Las ideas se enquistan; los conse-

jos se convierten en instrucciones arbitrarias; y las costumbres adquieren la forma adecuada según los prejuicios y los limitados puntos de vista del lugar.

Cada civilización y cada pueblo se ha visto así sometido a distintas formas de autoridad, como la iglesia, la cultura heredada y los antepasados, a los que se atribuye la posesión del conocimiento o de la sabiduría. En las sociedades primitivas, el curso de la tradición dependía de los doctores-brujos y de otras dudosas autoridades. En sociedades más avanzadas, las escrituras han sido modificadas e interpretadas por sacerdotes ignorantes y por teólogos dogmáticos, para adaptarlas a sus propósitos mundanos, con muy poco respeto por la verdad que les pueda haber sido transmitida del pasado. Así pues, son muchas las prácticas tradicionales que han sido de una crueldad atroz y que se han mostrado contradictorias con la esencia de sus tradiciones respectivas.

Son millones las mujeres de la China que sufrieron una larga agonía por llevar los pies vendados toda su vida desde la infancia, sólo porque la gente estaba condicionada por la idea convencional según la cual el pie diminuto aumentaba la belleza y el valor de una mujer. En la India, la terrible práctica del sacrificio de las viudas en la pira funeraria del marido, con el fin aparente de mostrar su devoción, pero, según han señalado algunos eruditos, en realidad con el verdadero motivo de impedirles heredar sus propiedades, desapareció recientemente gracias al Gobierno Británico. Pero incluso hoy en día, la práctica terrible y supersticiosa, que con-

siste en matar un gran número de animales en los templos para complacer a la “divinidad” del templo, es considerada por mucha gente como una tradición religiosa inviolable, de beneficios indiscutibles.

La vida es un cambio constante de puntos de vista, de ideas, de niveles de conocimiento, de necesidades de la gente, del medio ambiente físico y de muchas otras cosas. Por consiguiente, las prácticas y las creencias tradicionales que la gente quiere fijar en moldes inmutables no deberían quedar fuera del cuestionamiento crítico. En la sociedad moderna, tan exigente con hombres y mujeres, que tienen profesiones importantes, que viajan, que aparecen en foros públicos etc, sería algo totalmente impensable obligar a las mujeres a caminar con los pies vendados o impedirles llevar una vida normal imponiéndoles la práctica del corsé y de aquella vestimenta tan poco práctica. Cada tradición tiene que experimentar los cambios adecuados para los tiempos, sin ceder terreno en cuanto al respeto de los verdaderos valores que hay que defender, independientemente del tiempo y de las circunstancias.

La sociedad moderna está ahora mezclando diversas poblaciones del mundo, importando nuevas ideas, que llegan hasta las zonas más remotas del mundo. Los avances que ha hecho el conocimiento, como resultado de la base científica en la educación, está obligando a la gente a revisar sus creencias y prácticas rutinarias que les ha impuesto la tradición. Casi todos los países cuentan con una numerosa población de “ex-

tranjeros”, cuyas costumbres chocan con las de la población nativa. Por ejemplo, las comunidades musulmanas que viven en los países cristianos representan un desafío para las opiniones y costumbres que imperantes en la tierra “adoptada”. ¿Debería permitírseles mantener contra viento y marea sus costumbres y vestimentas restrictivas? La presión de la modernidad también constituye un reto para la gente que ha seguido ciertas prácticas basadas en valores ancestrales. ¿Deberían estas personas abandonar, por ejemplo, su régimen alimenticio vegetariano y el principio de no agredir, que constituye su base, para adaptarse a la moda y seguirla? ¿Hasta qué punto hay que mantener inmutable la tradición y dejar que la mente siga anclada en el pasado?

El Señor Buda aconsejaba analizar todas las ideas y después hay que descubrir por uno mismo si esas ideas conducen al verdadero progreso o no. Hay ciertos valores y virtudes que duran siempre; no se aplican solamente a una parte de la gente del mundo, sino que son relevantes para todos y siempre, porque sin ellas no puede haber un verdadero progreso en la sociedad humana. Bajo esta perspectiva, resulta claro que la tradición no debería degenerar en una serie de creencias e ideas ciegas: tiene que ser un canal para preservar los valores inmortales.

Uno de estos valores es la compasión. La gentileza, la conmiseración y la no agresión, todas las cuales expresan esa cualidad, son inherentes a la compasión. Este principio, base del vegetarianismo, tiene que mantenerse, aun-

que no encaje del todo con ciertas costumbres contemporáneas. Hay una gran diferencia entre las virtudes menores, como la puntualidad y el orden, y los valores y virtudes más importantes, como la compasión, la verdad y la justicia. Si las más importantes no se abandonan, la tradición puede convertirse en un instrumento efectivo del progreso, y no al revés.

La ley del sacrificio

Es evidente que el universo está regido por unas leyes omniabarcantes e inmutables. El hombre simplemente tiene que aceptarlas, comprenderlas y colaborar con ellas para poder cumplir con su destino, que consiste en pasar de los estados inferiores del conocimiento al conocimiento perfecto y trascendental de los Seres Liberados.

A nivel físico, al aumentar la educación, el hombre se esfuerza por intentar descubrir el funcionamiento de las leyes naturales universales y utiliza su conocimiento para mejorar las condiciones materiales, como vemos en el campo de la medicina, en el transporte, la comunicación, el sistema sanitario etc. Todas ellas son la consecuencia de saber cómo funcionan las fuerzas del universo. Pero el hombre hace también muchos disparates y algunos de ellos son tan graves que ocasionan desastres o los ocasionarán. Por ejemplo, el daño que se hace a los elementos y al medio ambiente, la destrucción de las formas naturales con la manipulación genética etc. Es lógico preguntarse qué pasa con esta era en la que existen tan graves contradicciones. Simultáneamente, se consiguen muchas

cosas positivas, mientras que también se ponen en marcha tendencias terribles. La respuesta podría ser (y para algunas personas es algo obvio) que se están ignorando continuamente las leyes morales y espirituales, que funcionan también de forma invisible en todas partes y en todo momento. El hombre avanza ahora rápidamente hacia un conocimiento mayor de las leyes a nivel físico, pero ni siquiera piensa en que pueda haber otras leyes en otras dimensiones, y esa ignorancia o violación es la causa de los problemas y el sufrimiento.

Una de estas leyes, de la que han hablado los sabios, es la Ley del Sacrificio. Annie Besant dijo que está “impresa en el universo en el que vivimos” y que “todo el mundo está sujeto a una ley de interdependencia”. Los biólogos han empezado a comprender algo de esta interdependencia e incluso dicen que no hay una sola criatura en la tierra que pueda sobrevivir por sí misma, sin la ayuda de muchas otras criaturas, que mantienen el sistema ecológico de la tierra en estado de buena salud.

En nuestro número de Marzo de 2004 el artículo del Catedrático de Zoología C.A. Shinde habla de la relación simbiótica de las plantas, los insectos y otras criaturas. Dice: “Observando estas relaciones simbióticas y la interdependencia de los organismos vivos, no resulta difícil aceptar la fraternidad universal intelectualmente como un hecho de la Naturaleza”.

Las relaciones mutuas son beneficiosas, no sólo para la existencia física sino también para el bienestar psicológico y emocional, como indica la si-

guiente noticia reciente:

La presencia de un amigo de cuatro patas en la clase beneficia al desarrollo de los niños. Este es el resultado de un estudio hecho por el Instituto de Investigación Interdisciplinaria de las Relaciones Hombre-Animal en Zurich.

Participaron en el experimento treinta maestros de guarderías y de escuelas primarias. Todos llevaban a su perro o a su gato cada día a la clase, y todos los entrevistados dijeron que el efecto que eso había tenido sobre los niños y sobre la enseñanza había sido extremadamente positivo. El sentido de la responsabilidad de los niños mejoró considerablemente.

A partir del reconocimiento de la interdependencia, la comprensión del hombre tiene que llegar más lejos hasta reconocer que la reciprocidad de intereses entre las criaturas incluso de especies distintas se mantiene en la Naturaleza gracias a un sistema de sacrificio, es decir, un sistema en el que se da y no sólo se toma.

Todas las formas de vida están en un estado de intercambio de sustancias gaseosas, líquidas y sólidas. Citando otra vez a Annie Besant: “La rueda giratoria de la vida no puede avanzar si cada miembro, si cada criatura viva, no la ayudan a girar con sus actos de sacrificio”. El *Bhagavadgita* también sugiere que para alcanzar el máximo bien tiene que haber un amor y un afecto mutuos. Según el Orden Divino, las formas de vida tienen que destruirse, ofreciendo sus propios elementos constitutivos para la supervivencia de los demás, hasta que ellos, a su vez, también se destruyan y cedan las sustancias que servirán de

sustento a otros.

El mundo actual se halla profundamente dividido, no tanto por las diferencias raciales, nacionales y étnicas, como por las posesiones. Una pequeña minoría de gente se ha apropiado y mantiene una gran proporción de los recursos disponibles; algunas personas disfrutan de lujos excesivos mientras que otras cada vez tienen menos. Esto ocurre a nivel internacional, nacional y local. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres también cada vez lo son más.

Hay varios pronósticos sobre las décadas venideras según los cuales la escasez de agua acabará siendo un problema grave y tal vez un motivo de guerra. Este elemento precioso está siendo desperdiciado irremisiblemente por parte de quienes tienen acceso a él mientras que otras personas tienen que vigi-

lar de no malgastar ni una sola gota del agua que tanto esfuerzo les cuesta conseguir. Si se reconociera en todo el mundo esta ley del sacrificio, como pasa con la ley de la gravedad o de la dinámica, con todas las tecnologías y maquinaria que tenemos para la investigación, seguramente sería posible encontrar medios para compartir el agua, los alimentos y otras necesidades de forma equitativa. ¿Estamos los seres humanos esperando a tener condiciones más críticas que nos enseñen que hemos de estar dispuestos a dar y a compartir para poder disfrutar de la paz y la prosperidad? La vida del Buda, que nos relatan los cuentos de Jataka, enseña de forma simbólica que la Iluminación o el Budado es la recompensa del sacrificio constante del propio interés en favor de los demás.

The Theosophist. mayo 2004

EL MAESTRO ECKHART: TEÓSOFO A PESAR SUYO

Nour Al-Mary

Eckhart, nacido en el siglo XIII en Alemania, dominico, es sin duda uno de los teósofos más grandes de nuestra época, pero fue ignorado como a tal. Gran maestro en teología, figura emblemática en el cristianismo, como Tomás de Aquino, fue atacado, calumniado por sus opiniones ex-

presadas en sus célebres sermones donde trata de definir su experiencia mística, en una vida que no tiene otra certeza que la llamada de lo Divino.

Para él, el ser es Dios. Utiliza un término que no se encuentra más que en los textos cristianos alemanes: *gotheit*, Deidad. Es la esencia divina, el princi-

pio de todas las cosas, el fundamento original, el desierto, el Uno sin nombre y sin modo. No es de extrañar, pues, que la Iglesia de la época haya salido a su encuentro. Pero, ¿cómo se integra en el concepto teosófico?

Cuatro panes y dos peces

Me Eckhart llama a sus contemporáneos a considerar tres aspectos esenciales en su fe: la boca tiene que ser verídica, el cuerpo puro y el alma llena de amor. En la práctica, él toma el ejemplo de cuatro panes y dos peces, bases del alimento espiritual y símbolos de la verdadera fe. El primer pan consiste en vivir sin la ayuda de una criatura. El segundo en tener una total confianza en lo Divino y así no atesorar nada. El tercero corresponde al grado de conocimiento de lo Divino, unido al íntimo conocimiento de uno mismo, y finalmente, el cuarto pan es el Amor. pero el pan no puede comerse más que asociado a la voluntad y al cumplimiento de las virtudes teologales y ordinarias, de aquí el concepto de los dos peces. Todo esto podría parecer muy simple si nos limitamos a lo anecdótico y a detenernos ahí. Pero Me Eckhart era todo menos simple... Él opone a este alimento espiritual la condición de vida del alma en la luz. Y para él, hay cuatro especies de luz para el alma. La que se basa en lo temporal (y muy difícil de administrar), la luz de la gracia (todavía más difícil de obtener), la luz que ilumina a los otros 'elegidos' entre los hombres y la luz que eleva a un ser por encima de estos elegidos. Entonces se llega a definir el camino y empieza todo su desarrollo teosófico.

Las cinco muertes

El hombre, en su concepto universal jamás puede curarse de un defecto si lo Divino no le enseña primero a perdonarse y a reencontrar el Amor. Comprender también que él no abandona nada puesto que nada es suyo. Cuando el hombre llega a morir para sí mismo (aunque sea muy poco al empezar), lo Divino puede vivir en él y realizar su obra mientras que el hombre aprende a permanecer sin movimiento. Permaneciendo tranquilo en presencia de todas las cosas, nada puede alcanzar ya su cuerpo emocional, pero eso no impide el maravillarse. Entonces, puede alcanzar por la gracia lo que lo Divino es por naturaleza. Pero, morir de golpe sería de nuevo muy simple... Me Eckhart nos enseña que el hombre tiene que morir cinco veces. Primero, morir a la naturaleza para pasar al reino del espíritu. Después, morir al espíritu para vivir esencialmente según las leyes divinas. Morir a estas mismas leyes para ir todavía más allá, en el corazón de lo universal y finalmente, morir aniquilado por la luz divina, permitiendo al hombre alcanzar el Conocimiento. Estas cinco muertes, a menudo muy mal comprendidas por el cristianismo, reúnen el alma del hombre con lo divino de tal manera que ya no puede separarseles. El hombre participa entonces de la forma divina. Constreñido a vivir en el tiempo, permanece fundido en su esencia eterna. Este hombre, perfecto teósofo cristiano, no se queja nunca, no se justifica nunca porque la Verdad se crea de ella misma; no pide nada que no sea lo que lo Divino le depara; nada temporal lo subleva y no se rego-

cija jamás porque él es la alegría misma.

Otro tema caro a Me Eckhart es que, a través de todos sus movimientos, el alma no busca más que la quietud. Esto es lo que ella puede ofrecer de más bello a lo Divino. Todas las demás ofrendas (ayuno, oraciones, etc.) no son sino medios inferiores. Lo Divino no presta atención más que a un corazón apaciguado. Cuando la quietud del alma es perfecta, al hombre le cuesta soportar la mirada de las criaturas. Los Padres del desierto lo habían entendido muy bien. Es conveniente pues para el hombre rechazar también a este nivel el conocimiento porque lo Divino no actúa en un alma que todavía se refiera a las medidas. Cuanto más un alma se eleva por encima de ella misma, más pura es, más lo Divino puede llevar a cabo en ella su obra a Su semejanza. El hombre realmente espiritual está en una paz verdadera, inmutable en las obras divinas. Entonces se le entrega mucho y crece. Un poco como una bolsa de papel que se hincha de aire pero que no sabe que ella ya está contenida en el aire: un día, explota y se reúne con el contenido.

Me Eckhart nos dice que cuanto más se humilla el hombre respecto a la grandeza de lo Universal, más esto se inclina y se esparce en él con toda quietud. Lo Divino se entrega en lo más ínfimo y en lo más completo. Porque el humilde siente que la única verdad a temer no es la de un “Dios todopoderoso” sino el temor de perder la misericordia divina. De aquí que él arguya que el hombre está inmerso en lo Divino. El ateo, el agnóstico pretenden escapar a eso, pero en

realidad se precipitan en ello al hacer sus preguntas. Esta es toda la apuesta de la famosa gnosis de Princeton.

Renunciación suprema en el silencio

Para Me Eckhart, esta renunciación implica estar separado de lo Divino por el Amor de lo Divino. ¿Paradójico? No. El supremo abandono, es dejar a Dios por Dios, es decir, abandonar todo lo que deseamos obtener de Él y todo lo que él puede darnos. Queda entonces lo Universal como a tal, el gran principio teosófico. Amar por la esencia pura, es también eliminar el sufrimiento. ¿Quién dirá, entonces, que budhistas y cristianos tienen pocos puntos en común? A aquel que se entrega por entero, aunque sea por un solo instante, todo le es dado. En realidad, dice Me Eckhart, incluso el discurso es inútil porque la causa primera está más allá de todo discurso. ¿No dijo también San Agustín: “Aquello más bello que el hombre puede decir a Dios, es su silencio.” ¿Cómo podría el hombre acercarse a la unidad cuando su corazón es ruidoso y múltiple? Desapegarse es también expulsar no solamente los discursos sino las imágenes de nuestra alma. En el vacío, el alma encuentra la quietud y la divinidad pura: ella considera entonces a todas las cosas como fútiles y no permanentes. Sólo lo Divino es el Verbo eterno. Él no hace más que eso. A través del hombre. Además, si el ser humano quiere ‘existir’, no puede tener otra actividad que escuchar Su palabra. Pero, para escuchar, el viejo hombre tiene que buscar el silencio. Cuando algo habla en nosotros, Dios no dice nada. La preocupación princi-

pal de los Padres del desierto, caros en la enseñanza de Me Eckhart, era: “¿Qué hacer para complacer a lo Divino?” Conscientes de que el hombre no existe más que en y por lo Universal, en una relación única y personal, ellos creían en su libertad y en su inteligencia. Porque, si todos los hombres no pueden retirarse al desierto, aún simbólicamente, a todos, se les muestra el camino, el sendero que nos es caro. Basta con dejarse guiar, sin resistencia, con abandonarse

al más perfecto silencio interior de nuestra alma.

“Huye, cállate y permanece en el recogimiento porque allí están las raíces de la perfección.”

Maravillosa ‘hésychia’ del Maestro y contemplación universal perfecta del teósofo. ¡Bienvenido al sendero, Me Eckhart!

(Le Lotus Bleu, diciembre 2003.)

EL FINAL DEL PROCESO DEL EGO

Achyut Patwardhan

El mundo sufre de un exceso de conocimientos sin dirección alguna. Lo que el mundo necesita, del mismo modo en que el sediento necesita el agua, es el toque consolador de la bondad.

En el análisis último, el hombre tiene que sentirse como formando parte de toda la tierra; pero por no hacerlo, sufre en soledad. Por otra parte, existe un sentimiento innato que introduce de vez en cuando en el corazón de cada uno de nosotros la sensación del carácter sagrado de la vida y con ello nos sentimos profundamente responsables. Krishnamurti dijo una vez “La responsabilidad no es un deber”. El deber es compulsivo, es lo que pensáis que tenéis que hacer. La responsabilidad es como

la preocupación que siente la madre por su hijo enfermo, es una preocupación profunda por nuestros semejantes y por su bienestar.

Vivimos en un mundo muy triste, en un mundo angustiado. El hombre que trabaja en una fábrica de productos químicos, fabricando alguna pieza insignificante o cualquier objeto sin importancia, es totalmente inconsciente de que está participando en la formación de un agujero en la capa de ozono. La ignorancia del hombre es terrible. Si nos diéramos cuenta de que nuestra ignorancia es la causa del sufrimiento, podríamos asumir esa responsabilidad que impediría seguir perjudicando la vida de los demás. Este sentido de la unidad de la vida es lo que transforma la calidad de

la conciencia humana. Por consiguiente, hemos de buscar en nuestro corazón el origen de la bondad, que es algo esencial para la humanidad.

Lo que nos interesa no son los logros personales ni la adquisición de conocimientos; lo que queremos es tratar de aliviar un mundo enfermo. Podremos ser real y verdaderamente conscientes de que todo cuanto hacemos afecta a todos los demás seres humanos cuando nos invada la sensación de que toda la vida es indivisible, porque viviremos sintiéndonos responsables de todo. La resolución del Bodisatva es bien conocida: nacer una y otra vez hasta que la mente se haya liberado completamente del yugo de la ignorancia, sin buscar ni la riqueza ni el cielo; busca solamente acabar con las desgracias de aquellos que sufren.

El motivo tiene que estar muy claro: los esfuerzos no los hacemos por nosotros mismos, sino por todos nuestros semejantes. La importancia del florecimiento de la bondad consiste en el hecho de que el interés espiritual no tiene nada que ver con los logros. Por esto, saber cuál es el estado de progreso espiritual que hemos alcanzado cada uno es algo totalmente irrelevante.

La quintaesencia de la bondad está simbolizada por la imagen de la madre amamantando a su hijo. El niño es un ser indefenso durante muchos meses y no sobreviviría sin recibir ese amor y esa bondad de su madre. Así, todo ser humano nace con el conocimiento no verbal de que lo que mantiene la vida es el servicio altruista.

A pesar de ello, las relaciones hu-

manas están influenciadas por nuestras simpatías, nuestros apegos y posesividad y esto no ocurre en el mundo externo de las relaciones sino en la mente del hombre. En el centro de la naturaleza humana se encuentra el ego que ocupa todas nuestras actividades y pensamientos. En las primeras charlas de Krishnamurti, sobre todo a partir de 1947, nos dimos cuenta de esto: de que el ego no es una entidad sino un proceso. La mente, que busca la permanencia y se queda atrapada en lo ilusorio, convierte al yo de cada día, con el que convivimos, en una entidad. Pero cuando nos damos cuenta de que es un proceso, sabemos que hay movimiento y que, por consiguiente, el proceso tendrá un fin.

Buda ya lo había explicado antes, pero pero Krishnamurti lo expresó en un lenguaje actual. Este mundo manifestado está compuesto de los cinco elementos y nuestro cuerpo es una parte inseparable del mundo manifestado. El cuerpo está relacionado de una forma especial con ese mundo, porque se pone en contacto con él sólo de forma fragmentaria. El ojo sólo puede ver formas, el oído sólo puede oír sonidos, etc. Por esto en cualquier momento, el contacto es fragmentario y quizás esta sea la causa de que la relación que hay entre el mundo externo y la mente del hombre sea tan caótica.

Los budistas lo explican con mucho detalle. Dicen que las sensaciones de la nariz, del ojo, del oído y de la piel entran en el cerebro y quedan allí registradas. Después de registrarlas, se clasifican todo; y una vez clasificado, empieza un proceso de reconocimiento, que es el

campo del conocimiento. Este es el proceso del ego embrionario del cerebro. Después se transmite instantáneamente con palabras y con nombres. Ese es el sistema de recuperación que tiene el ordenador del cerebro, porque en cuanto se le ha dado un nombre, también se le puede recordar en cualquier momento mediante la palabra. Entonces, inmediatamente después de darle el nombre, hay un reconocimiento: "Esto lo conozco". Y después: "Quiero experimentar, quiero saborear, quiero tocar, quiero oír". Entonces diréis "Ayer fue mejor, mañana me gustaría volver a verlo". Y aparece el tiempo psicológico mediante este proceso de experimentación de la memoria y queda preparado el escenario para que nazca el dolor. Lo que nosotros denominamos pensamiento es el producto de la actividad del cerebro. Y todo eso ocurre en el cerebro casi de forma instantánea.

El proceso del pensamiento es un proceso totalmente material: no tiene nada de divino, porque es el producto del cerebro y crea al pensador. El pensador nace del proceso del pensamiento: el pensador no crea al pensamiento. Necesitamos entender las características del pensamiento porque esas son las características del pensador. Cuando el pensamiento aparece en el cerebro, ciertas características materiales del cerebro lo afectan, aunque el pensamiento en sí pueda ser inconsciente de ello. El cerebro introduce en el proceso del pensamiento tres necesidades biológicas: la necesidad del placer, la necesidad de la supervivencia y el deseo de continuidad. Todas se mezclan en el proceso no ver-

bal del pensamiento y dominan el carácter de ese pensamiento. Así, cuando el pensamiento experimenta placer, quiere más de lo mismo. Querer más no es malo en sí mismo, porque el "querer" coexiste con el pensamiento. Sólo podemos reconocerlo y trascenderlo. Es lo único que es capaz de hacer el pensamiento. Al final ya sabemos que el pensamiento actúa con una necesidad congénita de placer, de seguridad y de continuidad. Pero como vivimos en este mundo, deberíamos saber también que todo placer conlleva su sombra: el dolor y el sufrimiento. No hay placer sin su contrapartida del dolor. No hay seguridad ni continuidad tampoco, porque si la vida es un hecho, también lo es la muerte. El pensamiento no es capaz de enfrentarse a este conocimiento, porque ignora las características heredadas del proceso del "yo" y su funcionamiento.

Podemos ver el curso que sigue la crueldad en la mente humana y descubrir que se trata solamente de otro nombre para designar la ignorancia. La posesividad conduce a la agresión y en la búsqueda de lo que consideramos bueno, aparece muchas veces el mal. El daño que estamos haciendo a nuestro entorno, a nuestros semejantes, a los animales, a los árboles y a los pájaros, todo lo que está sucediendo con tanta impunidad, es incalculable, pero apenas oímos hablar de que se haga ninguna manifestación contra ello, o ningún intento por detenerlo. La sociedad humana da rienda suelta a la crueldad porque no hemos asimilado como parte de nuestra vida un profundo sentimiento respecto al bienestar de toda la vida, y no sólo

de la humana.

Nuestra exploración del proceso del ego no debería apartarnos tampoco de la corriente de la vida; no es una actividad “del otro mundo”. Tocamos de pies en el suelo cuando decimos que el conocimiento no puede salvarnos de estos desastres; sólo puede hacerlo la bondad, la bondad de carácter, la bondad de nuestro corazón. Por consiguiente, aunque por una parte el pensamiento ha creado maravillas como la tecnología actual, con la que incluso un modesto trabajador tiene comodidades que no tenían antes ni los reyes, también existe un límite.

Hemos de salir del pensamiento erróneo de la mente y del intelecto y tomar vuelo hacia la inteligencia, una vez que hayamos entendido qué es el pensamiento, qué hace y cuál es su limitación

intrínseca. Si no conseguimos ver este proceso de forma global, ni lo que es capaz de conseguir el pensamiento y dónde falla, el bien que se hace y la extensión del mal, no seremos tampoco conscientes de la necesidad de la inteligencia; y pensad que, si el intelecto no es plenamente consciente de sus limitaciones, tampoco será capaz de estar en silencio. Sólo cuando el intelecto del hombre sea realmente humilde, habrá vida en el sentido real. Mientras esté intoxicado con sus propios logros y no sea consciente de sus limitaciones, no habrá movimiento desde el intelecto hasta la inteligencia. El despertar de la inteligencia es la conclusión más lógica de nuestra vida espiritual.

(The Theosophist, Abril 2004)

DIFUSIÓN DE LA TEOSOFÍA ¿QUÉ ES LO QUE DEBERÍAMOS DIFUNDIR?

Geoffrey Farthing

Si hay algo específico que hacer en el sentido de difundir la Teosofía, hemos de aclarar qué es lo que queremos difundir. Como sea que la Sociedad fue fundada por instigación de los Maestros, y como sea que ellos se interesaron directamente, si bien no fueron en realidad los autores de la

literatura clásica de HPB, y como ninguna otra de las exposiciones de la enseñanza teosófica son tan profundas, amplias y con tanta ‘autoridad’ como esas, ¿no deberíamos aceptar esas obras como base? A mi entender, casi toda la demás literatura de carácter ‘teosófico’ parece derivarse de esas obras. Algún

que otro material que a veces se presenta como teosófico, se deriva de fuentes no teosóficas; por ejemplo, de la literatura religiosa clásica de la India, que contiene algunos de nuestros principios importantes, pero ciertamente, no tan completos, profundos o explícitos como los que nos han proporcionado los Maestros por medio de HPB.

Me parece que la literatura de los Maestros ha interpretado mucha parte de esa otra literatura que, de otro modo, hubiese resultado confusa en su significado. Algunas ideas proclamadas como teosóficas por escritores posteriores, contradicen directamente, distorsionan o confunden las enseñanzas de los Maestros en temas de importancia. Siempre que esto ocurre, siento que es importante saber reflexionar, en primer lugar, sobre lo que han dicho los Maestros. Todos los estudiosos de la literatura de HPB tienen que saber que las enseñanzas que se dan son consistentes del principio al fin y, según mi entender, esto mismo destruye los argumentos de los que dicen que existen defectos en algunos aspectos a causa de los medios de transmisión, y que resultan indignos de confianza y pueden descartarse.

Espero que nadie interprete esto como la mera existencia de una sugerencia para establecer un dogma por medio de lo que HPB escribió. Si lo que los Maestros enseñaron es cierto no puede surgir ninguna cuestión de dogma.

Me parece importante que todos los miembros de la Sociedad lleven adelante la Teosofía y cuanto más pronto ocurra esto en la masa de la sociedad, tanto mejor será. Esto puede lograrse de la

siguiente manera:

1. Tener a mano literatura adecuada para los interesados.

2. Material gratuito de cursos de introducción para los nuevos miembros, tan pronto como se asocien; esto puede hacerse mediante folletos o publicaciones mensuales, tal como hemos hecho en Inglaterra. Esto tiene la ventaja de que el estudiante tiene que asimilar menos cosas a la vez.

3. Difundir listas de libros recomendados.

4. Hacer asequible la venta de los libros clásicos y demás literatura de la Sociedad mediante precios razonables o mediante préstamos de las bibliotecas locales de la S.T. u otras. Ese programa aseguraría que todos los miembros tuvieran la oportunidad de conocer por sí mismos algo de las enseñanzas originales. En este programa no hay nada que impida a ningún miembro o persona interesada a leer todo lo que desee. Evidentemente, es importante que los miembros no tengan la impresión de que sus lecturas a nivel individual sean en modo alguno supervisadas o restringidas. Pero resulta también importante, si es que la Sociedad tiene que llenar su función de difusora de la Teosofía, que los nuevos estudiantes reciban primero la enseñanza teosófica "pura". Con eso tendrán la medida para juzgar otros escritos. La literatura tendría que prepararse en el idioma de los grupos mayoritarios.

Si los estudiantes han trabajado concienzudamente con el material de introducción, será innecesaria una 'continuación' oficial, pero a menudo sucede que los estudiantes, en esta etapa, se lanzan

a buscar y se reúnen con miembros de grupos para que les ayuden en las investigaciones y estudios ulteriores. El material de curso para esos grupos constituye una ayuda valiosa. Esto puede hacerse mediante lecturas guiadas de las obras más difíciles y el empleo en los grupos de libros de la clase de *El Plan Divino*, de Barborka. A mi entender, el trabajo en grupo debería orientarse al estudio subsiguiente y en profundidad de *La Doctrina Secreta*. Cuando un estudiante ha empezado realmente a llevar esto a cabo, se convertirá en un trabajador con móviles propios y ya no dependerá del trabajo de grupo para que lo estimule; por el contrario, será entonces un elemento valioso como ayudante para cualquier grupo.

Es importante que el material del curso sea de la más alta calidad. Muchos son los países que poseen una variedad de material de cursos. Sugiero que ese material sea examinado por un panel mundial de los mejores de nuestros hombres de letras experimentados en la literatura clásica, cuyas actividades podrían coordinarse en un centro, digamos por ejemplo, Adyar, y deberían seleccionarse o establecerse de modo que iniciasen una necesidad universal –si fuese necesario de diferentes grados y desde distintos puntos de vista– debiendo ser traducidos a los idiomas mayoritarios.

Ningún estudiante serio de Teosofía tendría que contentarse con un simple estudio de la literatura teosófica y sus debates. Tarde o temprano va a sentir la necesidad de desarrollar sus facultades internas y establecer contacto con los dominios internos del Ser a través

de su propio Yo. La Sociedad posee una literatura muy rica sobre este tema y, repito, no solamente podrían prepararse listas de libros recomendados, sino que deberían surgir cursos prácticos que deberían incluir elementos de las técnicas de meditación que se proyectarían para que fuesen asequibles en los idiomas que se necesitasen.

No cabe duda de que el mejor y más sencillo método de difusión de la Teosofía es de persona a persona, pero antes de que esto pueda suceder, el difundidor tiene que conocer no sólo lo referente a la Teosofía, sino que tiene que haber tenido la experiencia suficiente del trabajo que esto exige dentro de su propio ser; tiene que sentir y expresar confianza en ella, demostrando también entusiasmo. A menos que los individuos que forman la Sociedad experimenten lo que acabo de decir, y hablen y actúen de acuerdo con ello, no habrá vida teosófica en la Sociedad. Todo lo expresado necesita visión para lo que hay que hacer y una organización de la operación en la que todas las Secciones, Ramas y Grupos de Estudio de todo el mundo sepan lo que pueden y tal vez lo que deben hacer, teniendo a disposición de todos, los medios para realizarlo, respecto a la literatura y demás motivos auxiliares.

No sólo en la literatura que se reparte y en el material de las asignaturas ha de basarse el aprendizaje, sino que tienen que estar al alcance de todos, los libros adecuados en las lenguas más importantes.

Para emprender una operación de esa magnitud me parecería necesaria una

Conferencia Mundial con una representación efectiva y con conocimiento de cada Sección; tendría que organizarse tomando este tema como punto principal. En esta Conferencia se daría a los delegados un esquema del plan, así como también una guía en cuanto a su agilización en su caso particular, y se les informaría de que lo que tuvieran a su disposición en materia de folletos, opúsculos, material para el curso y otra literatura. De ese modo a estos delegados les correspondería organizar conferencias, a su regreso, dentro de sus respectivas Secciones, para que los dirigentes lleven el mensaje, las directivas y el material a los miembros en general.

Habrán muchos que criticarán estas propuestas porque se insiste en facilitar elementos a los estudiantes de nuestra masa social. ¿Acaso no es así como debe ser? Tenemos un mensaje primordial, ¿no es nuestro deber darlo a conocer? Este mensaje, no carecería virtualmente de valor si no afectara a nuestra propia índole inspirándonos en la recta acción, con un espíritu recto? ¿No es esto, acaso, lo que aquellos de nosotros que tenemos algún conocimiento, hemos descubierto? Entonces podremos vivir 'la vida' gustosa y felizmente, aceptando todas las exigencias que la nueva forma de vivir pueda pedirnos.

(Te Theosophist, mayo 1973.)

EL KARMA Y EL DHARMA Las llaves gemelas del viaje heroico

Joy Mills

En la carta N.16 de las Cartas de los Maestros a A.P. Sinnett, una carta que básicamente contesta las preguntas que Sinnett había hecho respecto al Devachan, el Maestro K.H. escribe:

No puedes hacer nada mejor que estudiar las dos doctrinas, la del *Karma* y la de Nirvana, lo más profundamente

posible. Si no conoces totalmente las dos doctrinas, la doble llave de la metafísica de Abidharma, siempre te encontrarás perdido para poder entender el resto. Tenemos varios tipos de Karma y de Nirvana en sus distintas aplicaciones.

Una frase como ésta merece profunda consideración, aunque tengamos la

tentación de pasarla por alto por parecernos simple metafísica budista difícil, poco relevante para los principios teosóficos más básicos a los cuales estamos acostumbrados. El Karma sí, es un concepto inherente a la filosofía teosófica, y es necesaria como guía en nuestra vida, pero ¿el Nirvana? No, realmente no es relevante. Y si me atrevo a sugerir, como realmente haré, que el concepto de Nirvana está relacionado, o incluso es idéntico a ese principio menos familiar conocido como *Dharma*, puede que se contemple de manera muy escéptica mi decisión de situar estas dos ideas en una posición central dentro del marco teosófico.

Sin embargo, precisamente porque la etapa humana resulta crucial en toda la metafísica de la teosofía, ya que esa metafísica tiene su raíz en la propuesta de que la Realidad es realizable y es posible solamente a través de la conciencia, o, más precisamente, la autoconciencia, es en referencia a la condición humana que hemos de buscar el fundamento de la filosofía teosófica y los principios que nos puedan guiar hoy en día. Esta propuesta indica la coherencia, la integridad interna y la naturaleza holística de ese planteamiento. Esto no excluye una paradoja; realmente hay una paradoja y hay un misterio que nos hacen avanzar siempre en nuestra búsqueda de la realización de lo Último.

Para empezar, vamos a reconocer que nosotros, toda la humanidad y todos los seres sensibles, estamos embarcados en un viaje, en una gran aventura. Tanto si percibimos ese viaje como un simple progreso o un peregrinaje que

transcurre durante los años que separan nuestro nacimiento de nuestra muerte, como si, a una mayor escala, y a través de los ciclos que abarcan las numerosas encarnaciones ocurridas desde nuestros principios inconscientes hasta nuestra perfección consciente, el esquema de la aventura es el mismo. Y es ese esquema, ese orden, lo que podemos descubrir y lo que, en mi opinión, constituye uno de los conceptos más interesantes, si no el más desafiante de todos, inherente a la filosofía teosófica. Porque es un esquema lleno de belleza, de la proporción perfecta de todas las cosas, la rectitud esencial de la creación misma. Y nosotros formamos parte de eso; nos sentimos sostenidos por eso; nos movemos de acuerdo con ese orden de procedencia divina; y en último término somos uno con eso, la Verdad de nuestro ser, el Orden Supremo cuyo corazón mismo es la felicidad y la paz.

¿Qué es el viaje heroico? ¿Acaso no consiste en vivir cada día, cada hora y cada momento con una conciencia plena y consciente del orden subyacente, de esa armonía cósmica en la cual tenemos nuestras raíces? ¿No será vivir de acuerdo con la ley de la parte mejor de nuestro ser? ¿O vivir siempre más allá de nosotros y actuar de manera tal que todas nuestras acciones reflejen, en su rectitud espontánea, el acto cósmico de la creación misma? El viaje heroico, la gran aventura en la cual estamos embarcados, es el viaje del alma a través de nuestra humanidad hasta el reino de los dioses; es el viaje que va desde las cadenas de la ignorancia hasta la libertad nirvánica de la luminosa sabiduría; es la

aventura del espíritu que implica tanto un descenso hasta el infierno como un ascenso a los cielos, etapas simbolizadas en todas las escuelas de misterio y reexperimentadas en nuestra vida como los momentos dolorosos y felices producidos por nuestros propios pensamientos, sentimientos y acciones. Y las llaves gemelas de este viaje heroico, el viaje en el que cada uno de nosotros es el héroe de su propia historia, son esas grandes ideas a las que se han dado numerosos nombres en muchas tradiciones: el karma y el dharma. El karma es esa “Ley eterna de la naturaleza”, tal como la definió H.P. Blavatsky, esa ley que, según dijo ella “siempre tiende a ajustar los opuestos y a producir la armonía final” y el dharma, del cual no puede separarse el karma conceptualmente, y que se ha traducido de tantas maneras, pero que como rectitud, como deber, como aquello que eleva, sostiene y alimenta nuestro ser mismo, es realmente la esencia de nuestro ser: Los dos, el karma y el dharma, no son sino aspectos de aquel principio cósmico conocido en los Vedas como *rta*.

El viaje puede expresarse de forma más simple: Es el camino que todos hemos de seguir, el camino que va desde la ignorancia (*avidya*) hasta el conocimiento (*vidya*), desde la ceguera hasta la visión, desde la sordera hasta el oído, desde el karma hasta el nirvana.

San Pablo habló del camino cuando escribió a los Gálatas: No cedáis en la libertad en la que Cristo nos ha hecho libres, y no volváis a dejaros enganchar en el yugo de la esclavitud...Porque, hermanos, habéis sido llamados a la

libertad...Caminad en el Espíritu...el fruto del Espíritu es el amor, el gozo, la paz, la conformidad, la dulzura, la bondad, la fe, la suavidad, la templanza: contra estos no existe ley”. Palabras llenas de significado místico, realmente, cuando se leen bajo la luz de los conceptos que estamos considerando aquí: No ceder en la libertad es hacerse uno con nuestro dharma, asentarse en ese estado en el que uno se identifica con el principio crístico que nos anima, sin estar, por consiguiente, sometidos a esa ley externa que nos ha golpeado durante tanto tiempo porque no conocíamos su naturaleza. Caminar por el mundo en ese conocimiento es conocer lo que San Pablo llamaba “el fruto del espíritu”, ese amor, gozo, paz, bondad, que consiste en realizar el nirvana, la extinción del yo personal, la felicidad del Yo Uno, aquí y ahora. Es saber que, tal como dijo Nagarjuna, el gran sabio budista: “Nirvana es samsara; samsara es nirvana; entre los dos no hay diferencia.”

Llegar al conocimiento, que es sabiduría y responder a lo que San Pablo denominaba la llamada de la libertad, que es la iluminación espiritual, significa simplemente, en el contexto teosófico, entrar en el camino o sendero que lleva a la realización de la unidad esencial de la vida. “¿Quién puede decir aquí qué camino lleva a los dioses? preguntaba el observador del Rig Veda. Es ese sendero que hemos de seguir todos, tanto con plena conciencia de la tarea que tenemos antes nosotros o movidos inconscientemente por las leyes inexorables que gobiernan toda la existencia manifestada.

“El hombre fue creado para que eligiera” declara un proverbio hebreo, y la elección en el camino de nuestro viaje es realmente el derecho máspreciado de todos los derechos humanos, incluso cuando nuestra elección parezca estar equivocada. Porque la equivocación está solamente en la experiencia continuada del desequilibrio, el sentido de conflicto y sufrimiento, que con demasiada frecuencia atribuimos al karma. No conseguimos ver que el karma no es sino la legalidad de la existencia misma y por consiguiente sólo puede producir lo que esté en armonía con las causas que nosotros mismos hemos puesto en movimiento.

H.P. Blavatsky ha señalado que “el Karma es una palabra de muchos significados”, como decía una frase del comentario que el Maestro K.H. hizo respecto a “los distintos tipos de Karma”. Comentando más adelante este concepto, HPB ha dicho que “gracias a esta ley del desarrollo espiritual que impregna tanto lo físico como lo puramente intelectual, la humanidad se liberará de sus falsos dioses y acabará por encontrarse a sí misma AUTOREDIMIDA” (*Doctrina Secreta*, 2:420).

En el *Glosario Teosófico*, atribuido a HPB, el término se equipara con la “causación ética”, y se da la siguiente explicación:

El karma no castiga ni recompensa, es simplemente la Ley Universal una que gobierna sin errores y, podríamos decir que ciegamente, a todas las otras leyes que producen ciertos efectos en las líneas creadas por sus respectivas causas. Cuando el budismo enseña que “el Karma es ese centro moral (de cualquier

ser) que es lo único que sobrevive a la muerte y que continua en la transmigración” o en la reencarnación, eso simplemente significa que no queda nada después de cada Personalidad excepto las causas que ella ha producido; causas que son inmortales, es decir, que no pueden eliminarse del Universo hasta que se han sustituido por sus efectos legítimos, y han sido borradas por ellos, por llamarlo de alguna manera, y estas causas, a menos que se compensen durante la vida de la persona que las produjo con efectos adecuados, seguirán al Ego que reencarna y le alcanzarán en su reencarnación siguiente hasta que se haya restablecido totalmente una armonía entre los efectos y las causas.

Pero el karma es solamente una mitad de la llave que abre el significado de la existencia, mientras viajamos por el sendero que lleva a los dioses. No basta con eliminar las causas que nosotros mismos pusimos en movimiento y de las cuales queremos escapar con demasiada frecuencia, con lo cual no hacemos sino generar efectos todavía peores; dentro del contexto en el que queremos conseguir el objetivo de la búsqueda humana, tenemos la obligación de cumplir con nuestra responsabilidad dhármica de seguir el sendero que lleva hasta la redención de nosotros mismos y del mundo. Porque estamos destinados a ser los redentores del mundo y los Auto redimidos del mundo.

Así pues el dharma es la otra mitad de la llave que abre el significado y el propósito de la existencia. Tal como señala el filósofo indio contemporáneo S. Radhakrishnan en su libro *Indian Philosophy* (1:52), el dharma es el concepto más importante del pensamiento

indio. Y lo es, según Radhakrishnan, no por casualidad sino como una consecuencia necesaria del postulado básico de una Realidad Última que es a la vez immanente y trascendente. En último término e idealmente no existe dualidad entre Brahman y el universo, tal como postula la filosofía teosófica; uno es la imagen reflejada en el espejo del otro. En consecuencia, nuestro deber, según expresa Radhakrishnan, es el de “volver de la pluralidad al Uno”, a través de nuestras experiencias con la pluralidad. Y como ley de la moralidad, el dharma es una invitación para llevar a cabo precisamente esta tarea. Es la tarea de “llegar a la perfección” como dicen las escrituras cristianas; es la tarea que los alquimistas llamaron el *opus contra naturam*, que es esa tarea contra la corriente ascendente y descendente de la naturaleza en la diversidad. El dharma entonces es la ley de la parte mejor de nuestro ser, inspirada por la realidad una que impregna y penetra el universo entero, y actuar de acuerdo con el dharma es algo deseable, básicamente moral y conduce al cumplimiento de nuestra etapa humana. Por esto, también, el dharma (de la raíz sánscrita *dhr*, que significa “compactar, apoyar, nutrir”) también significa la naturaleza característica de una cosa y el dharma de un individuo es consecuentemente la cualidad esencial de un ser humano en términos de sus obligaciones morales, puesto que ser humano es ser una entidad moral o ética. Krishna insistió sobre este punto cuando, en el Bhagavad Gita (18:48), y en términos muy claros, le ordenó a Arjuna actuar, aunque cada acción lle-

vara consigo su propia carga de consecuencias: “Todas las empresas realmente arrastran sus defectos, como el fuego al humo”. Siempre hay un karma, pero “mejor es nuestro deber cumplido sin méritos que el deber bien hecho de otro. Quien cumple el deber (dharma) que su propia naturaleza le depara no incurre en pecado alguno” (18:47).

Este es realmente el secreto real comunicado por Krishna a Arjuna, y ha sido comunicado por cada maestro a sus discípulos desde tiempos inmemoriales. Ya lo habíamos mencionado en las palabras de San Pablo, aunque con una fraseología diferente: “Caminad en el Espíritu...contra él no existe ley”.

¿Cómo vamos a conseguir esa condición en la cual el karma y el dharma estén unificados? En la literatura yóguica, el sendero se hace a través de *tapas*, quemando o eliminando todo lo que no sea esencial; en el budismo, se le pide al aspirante que se dedique a *upaya*, un medio muy hábil, una acción que refleja tanto la sabiduría (*prajna*) como la compasión (*karuna*); en la tradición gnóstica, el principio de la auto disciplina, la regulación de nuestras acciones según nuestro dharma, se conocía como *askesis* o capacidad espiritual, un término del cual derivamos nuestra palabra “ascetismo”.

Entender totalmente el concepto del dharma es tan difícil como entender totalmente la idea del karma, aunque éste último suele parecer más fácil por la tendencia que tenemos a darle una definición muy simplista. Tal como señaló el Maestro K.H. a Sinnett “Tenemos varios tipos de Karma y Nirvana en sus diver-

sas aplicaciones...”; como ya he mencionado, yo creo que el Nirvana en ese contexto, la extinción del yo egoísta y personal, es casi sinónimo o al menos correlativo con el concepto de dharma como cumplimiento de nuestra naturaleza, un cumplimiento en el cual el yo personal, egoísta y lleno de deseos, acaba totalmente disuelto. El dharma ha sido definido de varias maneras en las distintas obras sánscritas, desde los Vedas hasta la literatura Dharma-shastra.

En términos del individuo, decimos que el dharma se refiere a nuestras obligaciones morales; en términos de la sociedad, el dharma se define muchas veces como solidaridad social; mientras que en el contexto de la religión, al dharma se le ha llamado beatitud, puesto que, según dicen, eso es lo que caracteriza a la naturaleza esencial de la religión misma; en el contexto de la ley, el dharma representa su propiedad esencial como justicia. En cada categoría, sin embargo, representa lo que podemos llamar la necesidad imperativa del orden mundano para reflejar el orden cósmico, mientras que al mismo tiempo también representa el potencial de un posterior crecimiento y transformación, puesto que el dinamismo del proceso es el rasgo característico del cosmos.

En ningún sitio se describen mejor estos conceptos dobles del karma y el dharma, como características del orden cósmico original, que en esos gloriosos himnos de la India antigua, los Vedas, y más especialmente en el Rig Veda. Un examen en profundidad del concepto védico de rta, u orden cósmico, nos llevaría demasiado lejos, pero incluso un

resumen superficial puede resultar útil para dejar clara la importancia de reconocer que los dos principios, el karma y el dharma, no están solamente íntimamente relacionados entre sí sino que son esencialmente uno como aspectos de la estructura fundamental del universo en el que nosotros como seres humanos somos participantes activos.

Para entender el significado del concepto de rta en la tradición védica, hemos de volver brevemente al tema de los orígenes cósmicos, tal como los expone el Rig Veda. Los rishis responsables de los grandes himnos védicos pensaban que el origen del universo era una proyección en la manifestación, a través de un proceso que sólo podemos llamar contemplación divina, de todo lo que está latente dentro del Uno, el Aquél Eterno, un desarrollo desde dentro hacia fuera, como tan bien lo describe la *Doctrina Secreta*. Este proceso de emanación tiene distintas etapas, y abarca tres niveles u órdenes mundiales. El primero puede denominarse el nivel primordial o trascendental, la emergencia original desde el Uno, manifestando el orden cósmico, rta, como un fotocolor para todas las emanaciones sucesivas. Es la emergencia de los dioses, que son, como Jeanine Miller los define en su obra sobre *Los Vedas*: “agentes personificados de rta, u orden o armonía cósmicos, cuyos ritos brillan a través de rta, esa base eterna de todo cuanto existe... Este rta representa esa armonía perfecta que existe entre la esencia del ser, *sat*, y su actividad, es decir, entre lo interno y lo externo, siendo este último el efecto y, en cierto sentido, el espejo del prime-

ro.”

Queda, así pues, establecido el programa y se prepara la escena para esa acción cósmica que encaja con la ley inherente (rta) de todo el proceso. Como afirma Miller, “También implica la rectitud espontánea observable en el movimiento majestuoso de las estrellas, la recurrencia de las estaciones, la alternancia inmutable del día y de la noche, el ritmo inequívoco del nacimiento, crecimiento y muerte de todas las formas de vida, ese ritmo que es el aliento mismo de la acción divina.”

Así pues, a nivel primordial, rta se expresa como el principio diferenciador donde el Uno se convierte en los dos polos de manifestación, los dos se convierten en los tres y los tres en los muchos. La transformación constante apunta a una ley del nacimiento, del cambio y reajuste, a la cual estará sometida toda la creación, todas las sucesivas emanaciones, porque todas obedecen a la ley única de la transformación o armonía (rta), esa ley que revela el curso ordenado del esquema universal. Como expresa el Rig Veda: “Por ley (rta), las huestes del universo (es decir, los astros) han entrado en la órbita cósmica. Muy firmes están los cimientos de rta que brilla en su belleza, y múltiples son sus hermosas formas” (4:23).

En el proceso natural de la emanación, entonces, el primer nivel da origen al segundo, el nivel intermedio, donde actúan y se manifiestan los mismos dioses. Aquí la ley universal, rta, proporciona la dinámica del desarrollo en cada reino de actividad a través de todo el sistema manifestado, y cada dios o

deva realiza su tarea en perfecta armonía: “con una sola idea, un solo objetivo, avanzan al unísono hacia el cumplimiento ñunico final” (Rig Veda 6:9).

Esta es la hermosa descripción de la actuación de las fuerzas inteligentes en el universo; su solidaridad, su rectitud esencial, su actividad en grupo son las únicas características de su manifestación, y las que las identifican como agentes de la ley de la armonía, por la cual, a través de la cual, y en la cual viven y desempeñan sus distintas labores:

Uno es la poderosa divinidad de los seres de luz (Rig Veda 3:55)

Habitantes del cielo, con lenguas de fuego, que viven por la ley, moran y meditan en el seno de la ley. (Rig Veda 10:65)

Verdaderos observadores de la ley, fieles a la ley, líderes justos, generosos con todos los hombres. (Rig Veda 5:67)

Servidores de la ley, nacidos en la ley, sublimes promotores de la ley... (Rig Veda 7:66)

Pastores de la ley suprema, cuyos decretos son verdad (Rig Veda 10:63)

Así pues, los dioses, agentes inteligentes de la ley, que no hay que antropomorfizar a sus niveles más elevados, sino que han de considerarse como los descendientes de anteriores sistemas que han alcanzado su inmortalidad en los ciclos eónicos pasados, revelan el rta, el orden cósmico, representándolo en su mismo ser, puesto que se hallan en ese estado nirvánico en el cual su naturaleza es a la vez compasión y verdad, felicidad y conocimiento.

Finalmente entonces, como una

emanación natural a través de la acción cósmica de los dioses, surge el mundo fenoménico donde gobierna el individuo y, en virtud de su libertad, perturba el equilibrio divino, rompe la armonía original cósmica subyacente a todas las cosas y sufre las consecuencias (karma) en su progreso por el sendero de retorno, ese sendero que lleva a los dioses, a la iluminación.

Lo que conocemos como rta, u orden cósmico, se manifiesta en los reinos trascendentales e intermedios como el dharma, la ley de la existencia de acuerdo con la rectitud de nuestro ser, la obediencia interna a ese deber que señala nuestro lugar en el esquema cósmico; allí, en esos reinos internos, prevalece un cierto estado que se ha llamado “ausencia de karma”, estado de nirvana, porque se ha extinguido ya toda sensación de separatividad, de un yo personal, en esa acción armoniosa “de una sola idea, un solo objetivo” que encaja con la verdad (*satya*). Sin embargo, debido a rta, el orden cósmico, existe ese aspecto de la ley que experimentamos en este universo fenoménico, que llamamos karma, sin darnos cuenta de que el término en sí simplemente significa acción, aunque muchas veces, cuando nuestras acciones perturban la armonía del orden universal, atribuimos al karma los valores conceptuales de bondad y maldad.

Aunque hemos simplificado extraordinariamente la gran tradición védica, omitiendo necesariamente, de una visión tan sucinta, otros aspectos igualmente importantes de todo el proceso de la emanación de un universo manifestado

(esto en sí ya es el tema de todo el primer volumen de la *Doctrina Secreta*), yo sugeriría ahora empezar a ver la magnificencia y esplendor del planteamiento teosófico en términos de la relevancia que tiene para nosotros, que estamos embarcados en la fase humana del viaje que conduce hacia adelante hacia...¿qué nombre vamos a darle a ese objetivo desconocido hacia el cual avanza toda la creación? ¿Cómo definiremos una culminación, todavía desconocida para nosotros, pero que percibimos fugazmente y que, en nuestros momentos más profundos de visión interna, reconocemos, de forma misteriosa, tanto en el lejano “allí” como en el presente “aquí” de nuestra existencia?

Vivir de acuerdo con el orden cósmico, seguir adelante viajando en armonía con la ley de nuestro ser interno, estas son las consecuencias de rta en términos del karma y del dharma, las llaves gemelas del viaje heroico de nuestra humanidad. Estas son las exigencias que nos hemos impuesto nosotros mismos inherentes al mundo fenomenológico a causa de la misma naturaleza del reino trascendente del cual ha emanado el mundo fenomenológico.

Cuando volvamos a nuestro viaje en el reino de lo fenomenológico, en los mundos de la manifestación, podemos considerar los conceptos del karma y el dharma desde un nuevo ángulo, percibiendo en ellos tanto un desafío como una oportunidad de avanzar más deprisa en nuestro camino heroico. Porque hace falta un cierto heroísmo y una valentía del espíritu para aceptar el desa-

fío que nos ofrece el sendero hacia adelante, hace falta una valentía del alma para aprovechar esa oportunidad que es nuestro derecho por nacimiento humano, la oportunidad de conseguir nuestra inmortalidad y de unirnos a los dioses, si se me permite decirlo, en sus labores eónicas.

Es verdaderamente la gran aventura del espíritu en la cual estamos embarcados, y la misma palabra “aventura” tiene una riqueza de significados que hemos olvidado o que no hemos percibido. Es una palabra que aparece frecuentemente en las leyendas que había en Europa en el siglo doce y trece, leyendas que hablan de la búsqueda del Santo Grial. Algunos eruditos, traduciendo esas leyendas del francés medieval, especialmente Pauline Matarasso, han señalado que la palabra francesa *aventure*, del antiguo francés *aventiure*, en alemán medio, los dos del latín *adventura*, traducido al inglés moderno como “adventure”, plantea problemas tanto lingüísticos como interpretativos, simplemente porque contiene tanta riqueza de significado que hoy en día no tenemos ni una sola palabra que pueda expresarlo todo. En esencia, significaba a la vez karma y dharma; y cuando, en las historias del Grial, a Perceval o Parsifal le decían “Ve donde la aventura te lleve”, está claro que la indicación equivalía a una orden para que el héroe actuara de acuerdo con el esquema establecido por su propio pasado (lo que llamaríamos karma) y también para que cumpliera con su misión o destino particular (lo que llamaríamos su dharma). Así pues, como señala Matarasso en su

comentario de *La Búsqueda del Santo Grial*, la obra anónima atribuida a los monjes cistercienses:

La aventura... es el desafío que hace que el hombre se mida a sí mismo con unos baremos más que humanos... la aventura es, sobre todo, el hecho de que Dios actúa y se manifiesta en el mundo físico. Aceptar una aventura es aceptar un encuentro con una fuerza que es sobrenatural, en el sentido propio de la palabra, un encuentro que siempre resulta peligroso para el pecador o para el hombre de poca fe y mucha presunción.

Y después añade “Creo que se puede decir con razón que el autor de *La Búsqueda* usa el concepto de la aventura como símbolo de la providencia, de manera igual de precisa y consistente como cuando usa el Santo Grial como símbolo de la experiencia mística”. En su traducción de la leyenda, por consiguiente, ha utilizado una serie de palabras, cuando comenta: “Me siento... obligada a insistir en el hecho de que, debajo de la multiplicidad de términos, existe en toda la historia, como un hilo continuo, la idea de una guía de la providencia que el hombre puede aceptar, rechazar o simplemente no ver.”

Podríamos ilustrar esta idea con numerosas referencias a las leyendas del Grial tal y como aparecían en Europa durante ese turbulento período de principios de la Edad Media, un período no muy distinto al nuestro, cuando estaban apareciendo nuevos valores y una nueva consciencia. Joseph Campbell comenta extensamente el uso del término “aventura” en las leyendas del Grial tanto respecto a los nuevos valores que estaban apareciendo en esa época en Eu-

ropa como a las cambiantes perspectivas de nuestra época moderna. En su obra *Creative Mythology* (el cuarto volumen de su serie *Masks of God*), respecto al término “aventura” en relación con las leyendas del Grial, Campbell señala que ese término se refería al hecho de que “los eventos anecdóticos, sin importancia y fragmentarios de una vida aparentemente normal y corriente descubren la forma y dimensión de un poema épico clásico de destino, si lo miramos con el espejo cósmico, y nuestra propia vida fragmentada actual también se puede ver entonces como anamorfo-sis.”

El uso del término “anamorfosis”, por cierto, es muy interesante porque la palabra (del griego “formarse otra vez o de nuevo) se refiere muchas veces a una imagen distorsionada, lo cual nos lleva al concepto védico según el cual este reino fenoménico no es sino una imagen, frecuentemente distorsionada por nuestra percepción, de la esfera trascendental de los dioses.

Todo esto es ya un estudio muy interesante en sí mismo, y naturalmente está muy íntimamente relacionado con un estudio más profundo del karma como concepto central para la comprensión del destino humano.

Sin embargo, lo que yo quería resaltar era que, siguiendo el consejo del Maestro KH, en cuanto a la importancia de hacer un estudio de “Karma y Nirvana”, podemos entender mejor ahora el modo en el que estos principios pueden servirnos de guía actualmente. Podemos llegar a reconocer que, cuando aceptamos todo aquello que es adecuado para

nosotros como resultado de nuestro pasado, eso que llamamos karma, y cuando respondemos al desafío de nuestro inevitable destino, manifestando la rectitud de nuestra naturaleza más interna, es decir, eso que llamamos nuestro dharma, estamos desbrozando el sendero que nos conducirá a los dioses. Este es el sendero nirvánico, si queréis llamarlo así, porque es esencialmente el camino de la felicidad en el que el yo separado se extingue, a favor de esa luz superior del Yo Universal.

Desde los videntes y rishis védicos hasta San Pablo y hasta los gnósticos, los alquimistas y los que escribieron las leyendas del Grial, todos han hablado de la historia del viaje humano, del viaje heroico. El esquema de los hechos de nuestra vida, cuando tenemos ojos para verlo, revela que, tal como dice Joseph Campbell, “Bajo los efectos de la superficie de este mundo se sientan... los dioses.” Porque aquí podemos aprender a reflejar esa armonía cósmica que mantiene a los astros en su órbita y que se revela en los ritmos de las mareas y las estaciones.

En *La Voz del Silencio*, se habla de una etapa en la que “una vez tu pie ha pisado el lecho de la corriente nirvánica.” Después se plantea la pregunta: “¿Qué ves ante tus ojos, ¡oh! aspirante a la Sabiduría divina?” Y el viajero responde “Veo el SENDERO; su pie en el fango y sus cimas perdidas en la gloriosa luz nirvánica. Y ahora veo los Portales cada vez más estrechos del camino arduo y espinoso que conduce a Jnana.”

Puede parecer arduo y espinoso el

camino que conduce a *jnana*, el conocimiento, hacia la Gnosis o Sabiduría-Sophia, pero nuestro destino no es otro que el de seguir adelante, porque:

El camino hacia la libertad final está dentro de tu YO.

Ese camino empieza y termina fuera del Yo.

*(The Quest,
noviembre-diciembre 2003)*

VIVIR EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD

Margaret Bove Sturman

Podemos empezar por el célebre enigma filosófico: *¿quienes somos, a dónde vamos, por qué estamos aquí?*

La enseñanza teosófica afirma que nosotros procedemos de la gran llama única. Que estamos unidos indisolublemente y que, como las chispas del fuego, inevitablemente hemos de volver a la fuente única donde se sitúa nuestro origen, puesto que también nosotros somos una parte del gran todo. ¿Por qué estamos aquí? Estar encarnado en un cuerpo físico es un gran don, porque tenemos la posibilidad de profundizar en nuestro conocimiento y en nuestra experiencia. La vida es una escuela divina e idealmente cada encarnación refuerza y afina nuestros vehículos y nuestra personalidad. Cuando estamos dispuestos, gozo de los gozos, podemos

aportar ayuda en el plan divino porque cada chispa posee un talento específico, y cuando reluce como estrella luminosa, se la llama para que ocupe su lugar en el gran escenario del cosmos.

Cada ser humano está ligado por la base a toda otra expresión de vida, sea pequeña o grande, y si arrojáis una piedra a un lago, su reflejo y su efecto quedarán demostrados y comprendidos en los cielos. Las personas piensan que están separadas de lo que las rodea, y no llegan a ver el lazo que las une a los demás. Esta separación es una ilusión y es la causa del gran dolor y sufrimiento de la humanidad. El espíritu está en todas partes, está en cada pájaro que canta, en cada animal que camina por la tierra y en cada niño que ríe. En todos nosotros reina un gran misterio. No existe separación, somos UNO con toda la creación

y hemos sido creados idealmente para servir y para amarnos los unos a los otros. Cuando consigamos este objetivo, será el fin de todas las etapas del odio, y las barreras que dividen los seres humanos, los grupos, los países, las religiones, quedarán demolidas.

En las enseñanzas de todos los grandes maestros, de cada religión y de cada filosofía, siempre es lo positivo lo que triunfa sobre lo no positivo. La venganza no ha conducido jamás al éxito. Allí donde existe la buena voluntad tiene que existir la paz y un proyecto de síntesis, de fusión, y de unidad. Todos somos UNO y el credo o la filosofía a las que pertenecemos no importa, porque todos nos encaminamos hacia el mismo ideal. Estamos unidos en los niveles sutiles y todos estamos ligados los unos con los otros en todas las cosas a través del éter, y por lo tanto, cuando estamos en guerra y nos disputamos, dañamos no sólo a los demás, sino igualmente a nosotros mismos.

Es inútil querer cambiar la política, los gobiernos y las personas para alcanzar el objetivo de la Fraternidad Universal. Primero hemos de trabajar en nosotros mismos para purificar nuestros corazones. La regeneración espiritual, a fin de poder vivir en beneficio de la humanidad, empieza con el individuo. La meditación y la observación del Yo superior pueden abrir el camino. Cada ser humano que honestamente ha analizado sus pensamientos, sus palabras y sus actos, y que los ha vuelto inofensivos, se convierte en una perla preciosa en la cadena de la existencia, y en un trampolín seguro hacia la fraternidad del ser

humano. La paz mundial empieza con la paz interior.

Idealmente, la luz, el amor, y la sabiduría son la base de cada sociedad. No son la gloria ni el genio los que reflejan realmente el alma humana, sino únicamente el amor incondicionado y la gentileza. Cada ser humano es absolutamente su propio legislador y el dispensador de su propia gloria u oscuridad. Se trabaja para el bien de la humanidad en silencio, sin necesidad de reconocimiento.

En la medida en que todos somos UNO, ¿por qué estamos aquí? Puesto que hemos tenido el gran privilegio de nacer en un cuerpo físico que presenta las circunstancias adecuadas para que nuestra alma pueda profundizar más, tenemos la posibilidad de purificar nuestra personalidad con el fin de poder servir cada vez mejor a nuestros hermanos y a nuestras hermanas y, en definitiva, al plan divino. Evidentemente, no se trata de un trabajo fácil, pero intentaremos aprovechar esta oportunidad. Se dice que hay una gran multitud de almas al otro lado que quieren encarnarse en un cuerpo físico, y que no encuentran las circunstancias adecuadas.

El breve paso por esta tierra en un cuerpo físico, que conocemos como la vida, no representa más que un momento en el transcurso de nuestra evolución, lo mismo que un día en la escuela sobre toda una vida. Si bien es posible que actualmente sólo podamos ver y comprender este único día, nuestra intuición nos dice que el nacimiento estaba infinitamente lejos de nuestro principio y que la muerte está infinitamente lejos de

nuestro fin. Nuestras almas (nuestro verdadero Yo) al ser nuestro verdadero Ser, son inmortales, mientras que los cuerpos físicos de los que somos conscientes son temporales, igual como los instrumentos que utilizamos para llevar a cabo nuestro trabajo. Deberíamos hacer un buen uso de ellos y vivir en beneficio de la humanidad en cada ocasión posible, siendo siempre conscientes de nuestras propias responsabilidades. No hay necesidad de ser un héroe, porque no se trata de lo que uno hace, sino de la buena voluntad con que lo hace. Algunas veces basta una sonrisa, otras una palmada amistosa en la espalda, o una palabra de aliento. En la economía divina nada es grande ni pequeño. La decisión o la actuación de un presidente o de un rey que puede modificar la suerte de una nación, no son más importantes que lo que hace una madre que consuela a su hijita cuando está llorando. El verdadero servicio consiste en la entrega y en estar disponibles con sencillez y humildad. El Mahatma Koot-Humi ha dicho: “*intentadlo*”. Cada acto y cada servicio son necesarios. Cada acto es una parte de la gran unidad del todo. Lo que parece una gentileza de lo más insignificante, es un brillante perfecto de la inmensa joya de la Iluminación, y nos recuerda la esplendorosa luz del amor.

Para el servicio altruista abrimos el corazón. La palabra corazón proviene de la lengua hindú y significa “centro”. Se identifica siempre con el centro de nuestro ser. El Santo Grial es un símbolo del corazón. Para los francmasones el corazón representa el maestro perfecto. Para los sufíes (los místicos musulmanes), es

el punto de encuentro entre el ser humano y lo divino. Cuando los iluminados se encuentran, sus corazones palpitan al unísono.

En nuestros esfuerzos en la vida en beneficio de la humanidad, hay que entender igualmente nuestro centro planetario, que sostiene los seres humanos dotándoles de una gran cantidad de energías vitales, pero que tiene necesidad, a su vez, de ser sostenido por nuestras energías positivas, es decir, por nuestros pensamientos, la luz y el amor. Investigaciones realizadas en los Estados Unidos han demostrado que, a nivel del campo magnético de la tierra, se producen enormes cambios, como respuesta a los cuidados que dispensamos al planeta. El medio ambiente terrestre es la base de nuestra existencia física, no es una cosa que se tenga que conquistar o explotar.

Todo nuestro sistema de cuerpo-espíritu es un anillo de unión en todos los niveles de la conciencia universal. Cada uno de nosotros está ligado y formamos una parte holográfica de “todo lo que es”. Provocar una guerra es como luchar contra la propia fe y el propio cuerpo, porque no existe un solo átomo de espacio en el éter que no esté unido. Todos estamos unidos en los niveles sutiles. Pensamos que estamos separados unos de otros y del resto del mundo, pero no lo estamos. Nuestra existencia física no es más que un nivel de una realidad más grande que tiene numerosas llanuras, numerosas dimensiones y muchos senderos a través de los cuales todo está unido. Realmente, todo lo que existe forma parte del acto sagrado de la creación.

El símbolo de la era de Acuario es

un ser humano que lleva una jarra de agua. El mensaje es unidad, comunión, trabajo de grupo y nuestra relación como hermanos y hermanas. La era de Piscis se interesó más en el individuo. Cuando Cristo dijo a sus discípulos en la Pascua que fueran a las ciudades y que siguieran a un hombre que llevaba un cántaro de agua, se refería a la era futura de Acuario, una era donde todos nos sentaremos en la misma mesa (grupos) y donde comulgaremos unos con otros. El Cristo es un símbolo de la elevada meta de la realización hacia la cual nos desplazamos rápidamente.

Cuando avanzamos en la ruta del peregrino y empezamos a distinguir lo real de lo irreal, nuestro primer deseo gozoso es el de poder ayudar y servir a nuestros semejantes. En la medida en que el objetivo definitivo de nuestra encarnación es el de regresar a la morada del espíritu puro y ayudar al plan divino, empezamos a abarcar el amor incondicional, la compasión, la comprensión, la disponibilidad, la inocuidad, el desapego de las cosas terrenales, el perdón y el orden. El perdón es importante para poder dejar atrás los traumas del pasado y absolvernó de ese modo a nosotros mismos y a los demás. Cada ser humano es un manantial de bondad y si nos concentramos en eso en lugar de centrarnos en el lado negativo del carácter, la parte positiva se cuele.

A lo largo del camino espiritual, al aprender a vivir en beneficio de la humanidad, adquirimos poco a poco una reminiscencia de la realidad, es decir, un recuerdo de lo bueno, lo verdadero y lo bello. Empezamos a comprender que

somos UNO y nos reintegramos a la luz, esta luz que está en nosotros y que es la luz del mundo entero. Nuestro Yo superior nos obliga a avanzar a los largo de esta ruta, aunque nuestro yo inferior oponga resistencia. En el *Canto Celestial*, Sir Edwin Arnold dice: “*en los corazones de los seres humanos vive un maestro que, manipulando sutilmente las cuerdas, hace de manera que sus actos bailen al son de la música que él desea.*”

La Doctrina Secreta y La Sabiduría Antigua nos enseñan que la raíz sin raíz de nuestro origen es el amor total sin ninguna distinción de raza, credo, sexo, casta o color. El servicio sincero y altruista está destinado a todos y a todo, porque a un nivel de conciencia profundo donde hay una unidad y una paz totales, el musulmán se cuida del hindú, el hindú ama al silk, los chiitas están en armonía con los sunitas, los iraníes con los sirios y los palestinos, los árabes con los judíos. Allí existe la verdadera fraternidad y la unión de corazón a corazón. Hay unidad entre lo que es diferente y una solidaridad afectuosa, porque todas las razas de la tierra son UNA. Podemos pues alegrarnos porque Brahman, Atman, todo es UNO. La esencia divina es UNA vibración del amor sin dualidad, la unidad universal y absoluta. OM y Jehová son dos pilares del mismo portal, los símbolos del pasadizo UNO de la vida.

Idealmente estudiamos y meditamos para vivir en beneficio de la humanidad. El verdadero servicio, con la entrega de sí mismo, es un ejemplo de la abnegación de los maestros iluminados cuyo

único deseo es el de ayudar y el de guiar a la humanidad. El gran Sánat Kumara, señor del mundo, no se marchará a otras dimensiones mientras que cada brizna de hierba no haya alcanzado la iluminación. Busquemos, pues, desempeñar nuestro papel cuando se presente la ocasión y elevemos nuestro planeta al nivel de las estrellas ayudando a los Grandes Seres a realizar el plan divino.

El servicio es un verdadero servicio cuando es desinteresado y no busca nada para el yo separado. Cuando la finalidad del trabajo es la esperanza de una recompensa, este trabajo puede ser agradable o doloroso, o bien, con el tiempo, las dos cosas, pero cuando un ser humano trabaja para la eternidad, entonces la eternidad es su recompensa.

Todos podemos contribuir en cierta medida a vivir para el bien de la humanidad. No esperéis, liberad al niño espontáneo que está en vosotros, con toda su inocencia. La vida no espera, el futuro del mundo depende de nosotros, busquemos entonces crear un mundo que sea hermoso para nuestros hijos y nuestros nietos. Busquemos convertirnos en servidores desinteresados, de tal manera que cualquiera que sea el lugar donde vayamos, cualquiera que sea el lugar por donde paseemos, seamos los rutilantes reflejos de una llama que no quema pero que contribuye al calor de la amistad y de la gentil afectuosidad.

(Escuela de Verano de los Países Latinos. Naarden, agosto 2003.)

UN CONSEJO (escrito para un miembro)

N. Sri Ram.

Hace un tiempo recibí una carta suya en la que me decía que se siente «triste y melancólico» por su aparente fracaso. También me hablaba de las críticas que le habían hecho «del otro lado» y que, según Ud., se le habían transmitido. Me gustaría decir respecto a esto que estas impresiones recibidas en sueños no tie-

nen por qué creerse del todo. Podría darse el caso de que tuviera Ud. un miedo inconsciente profundo al fracaso y por eso construyó la escena durante el sueño y después se lo creyó. No hay realmente ningún motivo para temer al fracaso excepto que uno quiera tener éxito.

Pero ¿acaso no se podría adoptar una

actitud que se contentara con hacer lo que podamos sin esperar el éxito ni tener miedo del fracaso? Supongo que no nos gusta fracasar porque nos duele pensar que no somos lo que creíamos ser. Pero en el punto en que estamos, y ciertamente me incluyo a mí en esto, no podemos dejar de fracasar, incluso repetidamente, si nuestro objetivo u ideal son lo suficientemente altos. Si nuestros esfuerzos acaban en éxito, pues muy bien, pero si nuestro trabajo fracasa, también

entonces podemos sentirnos satisfechos. No hay nadie que no fracase realmente, pero la gente juzga tanto el éxito como el fracaso por lo que se ve en la superficie. En último término, naturalmente, todo acabará bien, pero es nuestra impaciencia, mientras tanto, lo que nos pone las cosas tan difíciles.

Con mis mejores deseos.

(The Theosophist, Junio 2003)

NOTICIARIO

(de una lista de Internet: "Theos-Talk")

The National President of the Theosophical Society in England Colin Price has agreed that I should email as many people as I can with the very sad news that Geoffrey Farthing died on Sunday morning. He had been in hospital with health problems but was back home and making a slow recovery. Then came a heart attack and he died instantly. When I left him on Friday he was impatient to regain his strength and get back to work on the latest book he was writing. I have been coming to his house twice a week (except for holidays) for over seventeen years and cannot imagine not doing so any more. He was very special to me.

If you want to contact Colin his email address is:

cprice@t... or c/o The Theosophical Society, 50 Gloucester Place, London W1U 8EA

From Jill (Geoffrey's secretary)

El Presidente Nacional de la Sociedad Teosófica de Inglaterra Colin Price ha dado su permiso para mandar este mensaje electrónico a todo el mundo, con la triste noticia de que Geoffrey Farthing murió el domingo por la mañana. Había estado ingresado en el hospital con problemas de salud, pero volvió a su casa y se recuperaba lentamente. Entonces tuvo un ataque de corazón y murió instantáneamente. Cuando le dejé el viernes, estaba impaciente por recobrar la fuerza y volver al trabajo del último libro que estaba escribiendo. Yo he ido a su casa dos veces por semana (excepto en vacaciones) durante más de diecisiete años y no me puedo imaginar no hacerlo más. Era alguien muy especial para mí.

Jill (secretaria de Geoffrey)